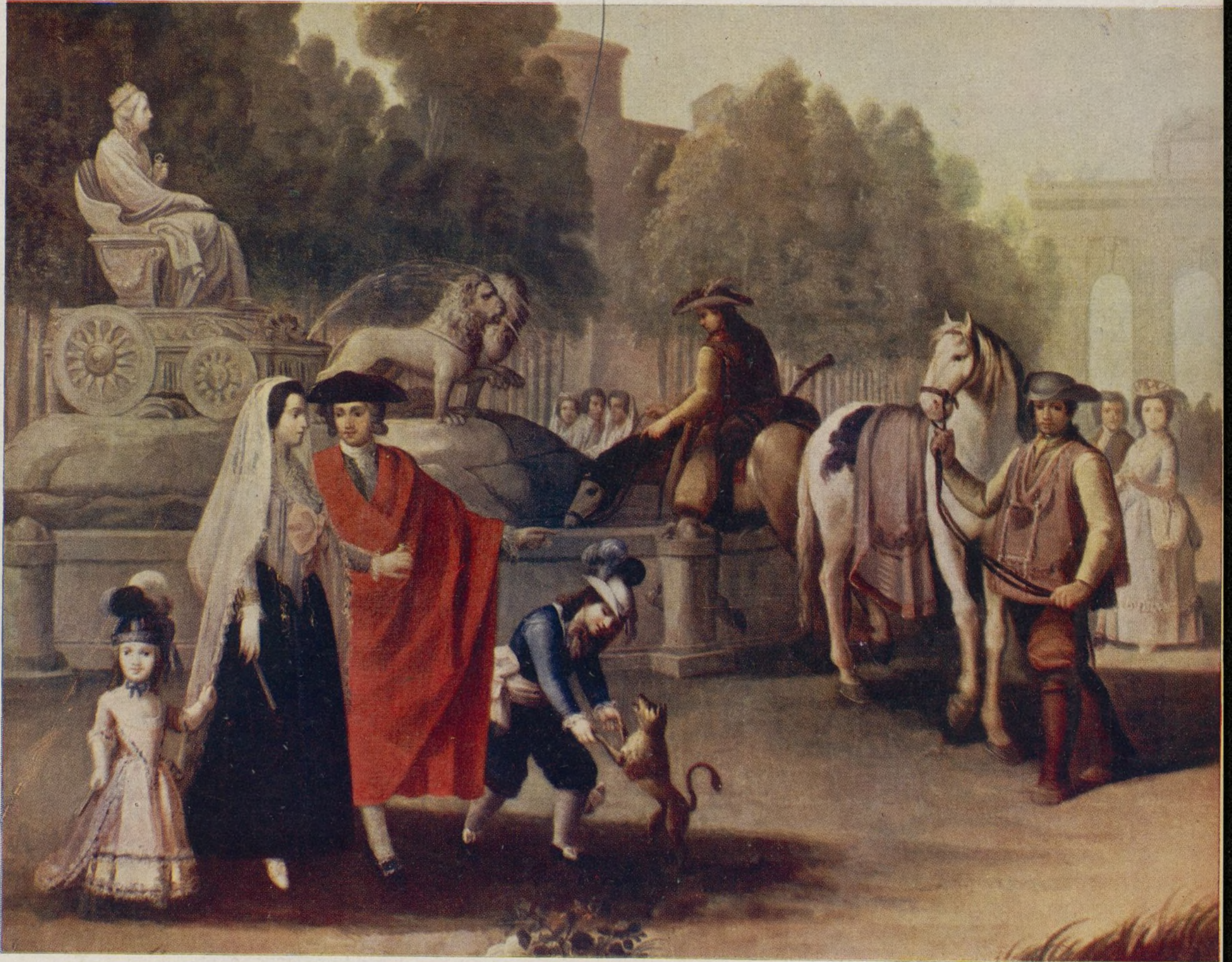


Junio 1936



La Puerta de Alcalá vista desde La Cibeles. (Detalle del cartón para tapiz original de Andrés Ginés Aguirre.) (Reproducción del profesor Eug. Normann.)



Madridenismo

suplemento de
BLANCO Y NEGRO
n.º 32

Ayuntamiento de Madrid



cuando florecen las albahacas

Cuando florecen las albahacas en las macetas verbeneras;
 cuando hasta el río baja un eco lleno de risas de mujer;
 cuando en los mástiles trepolar los gallardetes y banderas,
 baja la luz caliginosa de un encendido atardecer;
 cuando la viva algarabía de los pregones madrileños
 lleva hasta el campo silencioso palpitaciones de ciudad,
 y en la arboleda misteriosa, llena de juncos ribereños,
 junto a la fuente abandonada, busca el amor la soledad;
 cuando en las ruedas y columpios lanzan su aullido las sirenas,
 y las campanas de la ermita tienen un caído temblor;
 cuando el altar de San Antonio finge un sembrado de azucenas
 y se oyen besos en la sombra del escondido cenador;
 cuando en la noche niquelada, claveteada de luceros
 silba la cola de un cohete rasgando seda cenital;
 cuando, en su coro de organillos, dejan oír los merenderos
 el aire antiguo y anacrónico de una canción sentimental;
 cuando Madrid es lo que era
 —tiempo de polca y habanera,
 chulas con mangas de jamón—,
 ¡en su alegría callejera,
 con embriaguez de primavera,
 se nos diluye el corazón!

¡Oh, claridad del mes de junio!
 ¡Tibio y sereno plenilunio
 para salir a pasear,
 y entre una risa y un suspiro
 ir con la amada al "Buen Retiro"
 donde hay charanga militar!

¡No volverán aquellas horas en que, girando lentamente
 en torno al lírico quiosco, cruja el rico polisón,
 ni en que, al volver de La Florida, la chulapona sonriente,
 con su pañuelo de Manila, se arrellenaba en el "simón"!
 ¡No volverán aquellas tardes en que, al regreso de la plaza
 entre mantillas y caireles
 y en apretada confusión,
 maja de rumbo, hembra de raza,
 hasta, en su carro, La Cibeles,
 con arrogancia se ceñía, sobre los hombros, el mantón!

¡Fines de siglo!... En la Regencia,
 España toda, un carrusel...
 ¡Cien verbenas en competencia
 y entre la espesa concurrencia,
 el "milord" de doña Isabel...!

Pueblo y corona confundidos...
 Ríe la infanta alegremente.
 Dos artesanos van bebidos.
 La dan su bota. Ella consiente,
 prueba el "morapio"... ¡y complacidos!
 "¡Qué llana es!", dice la gente...
 Y ella los sigue la corriente,
 sin mayordomos ni validos.

¡No volverán aquellos tiempos en que, en los toros o en el Real,
 se vivía la democracia con un sentido liberal!
 No volverán aquellos tiempos: liberalismo y convivencia.
 ¡Viejos conceptos fracasados
 en estos días agitados
 de la "Star" y la violencia!

Cuando florezcan las albahacas en las macetas verbeneras;
 cuando hasta el río baje un eco lleno de risas de mujer,
 ¡allá, en el fondo de la noche, por las callejas traicioneras,
 habrá caído muerto un hombre que no se quiso someter!
 Aquellos buenos madrileños, trasnochadores y sencillos,
 se habrán herido por la espalda, se habrán matado a traición,
 y bajo el mando inexorable de unos tiranos amarillos
 se atacarán como las fieras, zarpa y colmillo de león.
 El Odio, el Hambre y la Miseria recogerán su amargo fruto;
 y contagiado el organillo de la tristeza general,
 mientras solloza por el hombre que dió a la Muerte su tributo,
 se vestirá de negro luto
 la chulapona que cantaba: "¡Con una falda de percal...!"

¡Cuando florezcan las albahacas...! ¡Oh, aquel Madrid sentimental!



*La infanta Isabel y
 la duquesa de Najera
 volviendo de los toros.
 Cuadro de L. Mequiza*

LUIS FERNANDEZ ARDAVIN

Ayuntamiento de Madrid

AL PRADO A PASEAR...

Ya tenía Madrid, antes de ser corte de hecho, paseos cortesanos. La calle de la Primavera y la de la Redondilla conservaban sus nombres del tiempo en que, a fines de la Edad Media, eran parajes apacibles con arbolado y fontanas que atraían a las elegancias de la época y a la juventud amiga de ver y de ser vista. Cuando Felipe II fija la corte de derecho en Madrid, los más vastos y extensos paseos madrileños se hallan al Oeste de la villa. El Campo del Moro, así llamado desde que Aben-Yucef, caudillo de los almorávides, sentó allí sus reales, el año 1197, convirtiéndose en el Parque de Palacio, cantado por los poetas del siglo de oro y en el que Calderón situara la escena de su comedia "Mañanas de abril y mayo". La Tela, o campo de justar, sirve también de paseo. Y al otro lado del Manzanares, la Casa de Campo, comprada por Felipe II a los Vargas, es posesión donde la Corona permite el acceso a los particulares; así en "El buscón", de Quevedo, encontramos cómo los galanes podían ofrecer a sus martelos paseo bajo aquellas frondas y meriendas en sus cenadores. Las damiselas iban a tomar el acero a la fuente de hierro, que aún en nuestros días recibe la visita matinal de las muchachas que buscan vigor para su sangre en la virtud medicinal de sus aguas.

Los cledaños del Alcázar nos presentan también el Prado de Leganitos, que actualmente ha recobrado su extensión y bosquejo con el nombre y forma de plaza de España. Vicente Espinel nos refiere una de las aventuras y pesadumbres de Marcos de Obregón, acaecida en el Prado de Leganitos. La Florida y la Montaña del Príncipe Pío eran objeto de excursiones, y este último lugar tuvo carácter de paseo público a mediados del siglo XIX, siendo su poseedor el infante don Francisco de Paula, quien permitía mediante tarjeta la entrada a sus gratos jardines, que no habían de tardar en desaparecer. La creación del Real Sitio del Buen Retiro, magnífica ofrenda del conde-duque de Olivares a Felipe IV, hace surgir al Oriente de la villa selvas y vergeles.

Decir el Prado es mencionar el paseo tradicional de Madrid. Es el viejo Prado de la villa, que se extiende a la margen del arroyo Valnegral o Bajo Abroñigal, hasta el camino de Atocha. Y habrá Prado de Atocha y Prado de San Juan, Prado de San Jerónimo, que luego se llamará de San Fermín, y Prado de Recoletos. El de Atocha, porque llega, como dicho queda, hasta la explanada que conduce al santuario y monasterio de aquella Patrona de Madrid. El de San Juan, porque se extiende ante las huertas de ese nombre. De San Jerónimo, desde que los Reyes Católicos mudaron a este lugar, en 1503, el convento Real del Paso, que en 1464 fundara Enrique IV a la orilla del Manzanares y camino del Pardo. Esta parte del Prado fué llamada de San Fermín a partir de 1746, en que la Real Congregación de los Navarros edificó el jardín del conde de Monterrey, la iglesia de aquel santo, famosa especialmente por su reloj, traído de Amberes por el conde D. Juan Domingo Méndez de Haro, y que tenía treinta y dos campanas musicalmente concertadas, que tocaban minuets, alemanadas y otros sones profanos.

El Prado de Recoletos iba desde el entonces final de la calle de Alcalá hasta la puerta de aquella denominación. El convento de Recoletos fué fundado en 1595 por la princesa de Ascoli, doña Eufrosia de Guzmán, y ese paseo hubo de ser también llamado de Copacavana por esta imagen perulera que colocó en la iglesia de los Agustinos, el año 1662, fray Manuel de Aguirre.

El maestro Pedro de Medina, en su libro "Grandezas y cosas memorables de España", nos habla del Prado, todavía en tiempo de Carlos I de España y V de Alemania, el año 1549. Nos dice que es "una grande y hermosísima alameda, puestos los álamos en tres órdenes, que hacen dos calles muy anchas y muy largas, con cuatro fuentes hermosísimas y de lindísima agua,



trechos puestas. Por la una, calle, y por la otra, muchos rosales entrelazados a los pies de los árboles por toda la carrera".

Habla luego de que "en invierno, al sol, y de verano, a gozar la frescura, es cosa muy de ver y de mucha recreación la multitud de gente que sale, de bizarrísimas damas, de bien dispuestos caballeros y de muchos señores y señoras principales en coches y carrozos".

El arquero flamenco Enrique Cock, que acompañó a Felipe II en sus viajes a Zaragoza, Barcelona y Valencia, en 1585, y a la jornada de Tarazona, en 1592, expediciones de las cuales escribió sendas y curiosas relaciones, hizo en 1584 una relación en hexámetros latinos, una descripción de Madrid, dedicada al cardenal Granvela, en que habla del Prado como escenario de galanteos, de modo que parece pedir el autor su idioma a Ovidio y aun a Suetonio, así como Camilo Borghese, nuncio extraordinario de Clemente VII cerca de Felipe II, habla del mismo paseo madrileño en un italiano que pudiera parecer dictado por el Aretino.

El maestro Juan López de Hoyos describía el Prado en 1569 como "una calle de más de dos mil pies de largo y ciento de ancho, plantada de muchas y diferentes suertes de árboles, muy agradables a la vista", y que ostentaba "cuatro fuentes de singular artificio". La fuente llamada del Abrevadero quedó también descrita por López de Hoyos, diciendo que tenía dos gruesos caños de agua, el uno por la boca de un delfín de bronce, con la palabra "bueno". El otro, por una sierpe, y entre ellos un espejo de bronce con la leyenda "Vida y gloria". Jeroglífico cuya traducción era: "Del fin bueno, vida y gloria".

Cervantes se despide de la corte de las Españas en el comienzo del "Viaje del Parnaso":

"Adiós, Madrid. Adiós, tu Prado y fuentes que manan néctar, llueven ambrosía."

El mismo Cervantes habla de la fuente del Caño Dorado, cuando el primo Basilio, después de las bodas de Camacho, habla a Don Quijote de sus Metamorfóseos, en que hace referencia a esa fuente madrileña entre las de Leganitos, Lavapiés, la del Piojo y la de la Priora.

¿Qué clásico no ha mencionado el Prado o no le ha elegido como fondo para alguna de sus escenas?

"Llego a Madrid y no conozco el Prado. Y no le desconozco por olvido, sino porque me consta que es pisado por muchos que debiera ser pacido",

dice Villamediana. Y Lope:

"Los Prados en que pasean son y serán celebrados. Bien hacéis en hacer prados, pues hay bien para quien sean."

El mismo Lope sitúa en el Prado la acción del acto segundo de "La discreta enamorada"; que

comienza con el elogio del paseo en la conversación de Doristeo, Finardo y Gerarda:

"—Mucho de sus fuentes gusto.
—No hay sitio de tanto gusto, Gerarda bella, en España.
—¡Qué lindas trazas!
—Famosas.
Con perlas blindando están.
—¡Qué liberales que dan sus aguas claras y hermosas!"

Y en el mismo lugar sigue el enredo con Lucindo y Hernando disfrazado de mujer, episodio que trasplantan a la pradera del Canal los adaptadores de aquella obra lopesca a la zarzuela titulada "Doña Francisquita". Lope pone también en el Prado escenas de "El acero de Madrid", y Rojas hace una relación de él en su comedia "Abre el ojo".

Góngora finge en un soneto, diálogo de un soldado con el campo de la Tela, que este paraje se queja de la preferencia que suscita el Prado. Salas Barbadillo y Quiñones de Benavente le hacen personaje de sendos entremeses: "El Prado de Madrid y baile de la Capona" y "Casamiento de la calle Mayor con el Prado Viejo". El costumbrista Zabaleta no puede dejar de describirle en su "Día de fiesta por la tarde".

Apenas hay novela de la época en que no se le miente, así como en los Avisos y en las cartas del "Memorial Histórico Español" queda la relación de los frecuentes lances, cuchilladas tras galanteos con que se dramatiza la historia de ese paseo, a donde bajaban los coches, después de ruar por Platerías, y los paseantes de a pie, a caballo y en carruaje permanecían hasta muy entrada la noche. Confundidos altos y bajos y el discreto de los lindos con vocerío de los pregoneros de limeros y alojeros con otros de la venta de flores y frutas, golosinas y refrescos.

Famosa fué la rúa de la noche de San Juan de 1631, digno remate de una fiesta nocturna ofrecida a Felipe IV y a doña Isabel de Borbón por el conde-duque. Unidos para el festejo quedaron los jardines de Maceda, Monterrey y el Carpio, que ocupaban el espacio desde la Carrera de San Jerónimo hasta la calle de Alcalá. Fueron representadas las comedias, de Lope de Vega, "La noche de San Juan", y la de D. Francisco de Quevedo y D. Antonio de Mendoza, "Quien más miente, medra más", escritas expresamente para tal velada. Y el regocijo, con cena, música, bailes e iluminaciones, prolongóse hasta el amanecer.

A la salida de la Carrera de San Jerónimo, entre los palacios de Lerma, donde ahora es el Palace Hotel, y el de Maceda, hoy de Villahermosa, estaba la torrecilla para la música pública, que mandó construir el regidor Juan Fernández Villamediana la asceteó con su sátira:

"Buena está la torrecilla. Tres mil ducados costó. Si Juan Fernández lo hurtó, ¿qué culpa tiene la villa?"

LOS ELEGANTES EN EL SALÓN. (A ESTA LITOGRAFÍA DEL AÑO 1826 PARECE ALUDIR MESONERO ROMANOS, SUPONIENDO QUE LAS FIGURAS SON RETRATOS DE PERSONAJES DE LA ÉPOCA (MARQUÉS DE PONTEJOS, DUQUE DE FRÍAS, PAQUITA URQUIJO, ETC.) MUSEO MUNICIPAL





Carlos III, reformador y embellecedor de Madrid, transformó aquel Prado, cubrió el arroyo y, bajo la dirección del ingeniero militar D. José Hermosilla y de Ventura Rodríguez, se realizó la hermosa concepción urbana, que formaba un todo armónico con las plazas de Neptuno y de la Cibeles, situadas en fondos de bosque, y en tal disposición, una frente a otra, que si echasen a andar sus carros se encontrarían ante la bellísima fontana de Apolo o de las Cuatro Estaciones. Juan Pascual de Mena, en la de Neptuno; Francisco Gutiérrez y Roberto Michel, en la de Cibeles, y Manuel Álvarez, en la de Apolo, dejaron a Madrid ornatos de extraordinaria elegancia. La novedad tuvo su repercusión literaria. Don Ramón de la Cruz hace decir a Romero, en el sainete "Los panderos":

"Y dejarle más parado,
más blanco y más frío que
la estatua nueva del Prado."

Don Francisco Gregorio de Salas, "Salicio", dedica al Prado alguno de sus epigramas y elogios a los escultores de sus fuentes. El adusto Jovino, D. Gaspar Melchor de Jovellanos, trina en su sátira:

"Al Prado, a la luneta, a la tertulia,
al garito después."

Carlos III modifica también el aspecto del paseo de Trajineros. Traslada allí el Jardín Botánico desde el soto de Migas Calientes y lo embellece con la verja y clásicas portadas. A un extremo queda situada la fuente de la Alcachofa, labrada por Alfonso Vergaz y Antonio Primo. Florecen las Cuatro Fuentes ante la Platería de Martínez. Y recibe Villanueva el encargo de construir un edificio para Museo de Ciencias Naturales, que luego ha de ser destinado a una de las más importantes pinacotecas del mundo al crear Fernando VII, en 1819, el Museo de Pinturas.

Después del Prado goyesco, he aquí el del Madrid romántico. Al sol en las tardes de invierno y en las noches estivales para disfrutar del libre ambiente, Madrid entero baja al Prado. A la parte de los viejos palacios, donde la alameda urde en verano espesa y discreta bóveda, se cobija la majeza pintada por Alenza y más de una vez irrumpen allí los levitines currutacos al olor de aventuras. En el despejado salón pasea el mundo y el mundillo que conoce el Curioso

Parlante. Al lado del paseo de carruajes, y separado del espacio central por una línea de bancos, está el lugar llamado París, recinto acotado por la sociedad elegante para ver y saludar a sus amistades, que acuden en coche, y a los galanes jinetes. Las personas reales no dejan de autorizar el paseo con su presencia. Cuando suena el toque de oración en San Fermín, todos los paseantes se detienen y se descubren.

A partir de 1841, el Prado adquiere su mayor aspecto de estampa romántica. Se alza el obelisco del Dos de Mayo, monumento de la Lealtad, y le rodea un jardín funerario, vergel de noble melancolía. Los dandies y las leonas hacen una breve traición al Prado en aras de la moda y encuentran muy distinguido exhibir sus trenes y atavíos en el paseo de Atocha; pero no tarda el paraje tradicional en recobrar su prestigio. Antes de merendar en el Tivoli o después de oír en el Liceo unas poesías de tumba y hachero, los ingenios de Esquivel y las damiselas de Madrazo pueblan el Prado. La concurrencia se dispersa a veces precipitadamente porque ha estallado un pronunciamiento, acordado acaso por unos conjurados que conspiraban paseando por el mismo Prado a altas horas de la madrugada. Desfiles marciales, revistas y paradas son los números de gala que reciben en su obsequio los leales al Prado.

Dos grandes competencias sufre, sin embargo, este lugar. Lo que era un erial a la salida de la puerta de Recoletos comenzó a fines del reinado de Fernando VII a recibir la traza de un paseo, que apenas erigida la Fuente Castellana tomó este nombre, y el cortesano de las Delicias, de Isabel II. Conforme avanzó el siglo XIX, la gente acostumbró a derivar hacia él. Cuando en 1874 el duque de Fernán-Núñez abrió el paseo de coches del Retiro, la misma Castellana tuvo un competidor, cuanto más el viejo Prado. Pero conservaba sus fieles, que preferían sentarse bajo sus globos de gas en vez de entrar a oír la ópera de los Jardines o, en Felipe, la música de Chueca. Los barquilleros, las niñeras y los soldados velaban por su fuego sagrado, lo mismo que los aprendices de titiriteros, que se adiestraban en las barras que separaban el salón de la calzada. Las niñas cantaban en un corro su cuita:

"En el Salón del Prado
no se puede jugar,
porque hay niños que gozan
en venir a estorbar."

Y en otro:

"En el Salón del Prado
me cogió un viejo.
Se quitó los anteojos
y me dió un beso."

El siglo avanza en su última década. Las cursis de Taboada y de Cilla tuercen hacia Recoletos desde el Pinar de las de Gómez. Más todavía, las chulas de Ricardo de la Vega piden a sus cortejos que las lleven en berlina

"al Prado a pasear".

Y desde la Cibeles hasta Trajineros, los aguaduchos, con su reparo de agua, azucarillo y aguardiente, y sobre todo con sus mozcas garriadas, conservan el encanto del Prado.

En 1905, el alcalde, conde de Mejorada, decidió acabar con el Salón del Prado y sustituirlo por un jardín. Fue un error, como había sido el de variar la situación de las fuentes de Cibeles y de Neptuno, cambiando su rumbo, dándolas fondo de piedra cuando lo necesitaban de verdor para destacarse, y levantándolas para que no se viese el agua, que es el elemento primordial de una fuente. El conjunto urbanístico en buena hora ideado por Ventura Gutiérrez y sus colaboradores quedó lamentablemente perdido.

Eso fue el Prado, soberano entre los paseos de Madrid. Desde la puerta de Atocha, todavía se prolongaba hacia el río en el de las Delicias, predilecto de jubilados y de viejas humildes, que, como su próximo de Santa María de la Cabeza, bajaba hasta la pradera del Canal, el antiguo Sotillo. Paseos también de sosiego, las Rondas, que por el Sur lindaban con la vetusta Huerta del Bayo, trocada desde 1818 en Casino de la Reina y hoy deshecho jardín de la Escuela de Veterinaria. Gallegos y asturianos remembraban sus romerías bajo la arboleda de la Virgen del Puerto. Y paseos románticos, como el del Cisne, el del Huevo y el Novelesco, luego del Obelisco, se han convertido en calles aristocráticas, de las que solamente la primera conserva su poética denominación, aunque hace muchos años que dejó de estar, a su desembocadura en la Castellana, el cisne, procedente de San Felipe el Real, y que desde ha tiempo sigue en la plaza de Santa Ana, pugnando por desasirse de la sierpe que se enrosca a su cuello.

PEDRO DE REPIDE



COMO GOYA LO VIÓ

RETRATO DE DOÑA ISABEL COBO DE PORCEL. (NATIONAL GALLERY) LONDRES.

Tienen los lugares alma: el ambiente; el ambiente nos crea y nosotros le creamos: el resuello de la tierra, la llama del sol, la aridez o humedad del aire, y mucho más poderosamente nuestras vidas y las de los que nos precedieron, mil influjos forman ese sugerente espíritu local; cuando un artista, un vidente, logra captarlo y plasmarlo en forma eterna, su alma se substituye al alma de los lugares y pervive en ellos. Así Goya en el Madrid típico; cuanto de éste subsiste es el "Madrid goyesco", so pena de ser un desclasificado suburbio de Europa.

Aquel insaciable exprimió entre sus garras leoninas la verdad y extrajo de ella su quintaesencia: el símbolo; así de las majas de su tiempo hizo la "Maja", emblema de raza, Venus española y madre de un arte nuevo. Anticipándose a la instantánea, al "cine" y al impresionismo, sorprendió los secretos de la luz y de la acción; y a la española, con prisa y cólera de crear, con latigazos de color y zigzagueos de rayo, pintó lo que no había pintado nadie: "el movimiento"; hizo más, pintó "la raza", la retrató por fuera y por dentro; pintó nuestro dinamismo arrebatado en fiestas, riñas, bandidajes, desgracias, asesinatos y fusilamientos; y nuestro vivir interno, místico o supersticioso, ávido del "más allá"; la tenebrosa región de las visiones, pesadillas, espectros y aquelarres; la tragicomedia entera de la vigilia y del sueño, de la acción y de la conciencia. Y toda aquella vida tan universal, tan humana, era vida española, vida madrileña hasta los tuétanos.

Fué que Goya, aragonés si los hubo, se sintió absorbido por el ineluctable poder asimilador de Castilla, la unificadora de la España infranqueable; y el duro aragonés se castellanizó; pero tozudo, indomable de casta, al hacerse madrileño hizo suyo a Madrid. Y es que Goya, por aragonés, era todo nuestro, que Aragón es tan español que merece ser símbolo de raza, como la Jota es himno nacional. Por eso lo que más amamos en Goya, lo que lo funde con nuestro genio indígena, es su fiero individualismo, su irreductible "yo", su amurallado albedrío, su solitaria independencia, como la de Zaragoza, inconquistable. Por eso para unificar a España bastó que se casaran Castilla y Aragón, o Isabel y Fernando: "¡Tanto monta!" Así se hizo la fusión entre Goya y Madrid.

¿Quién no conoce la obra de Goya? No intento "descubrirla", pero necesito evocarla. Cuando el baturro de Fuendetodos, que había estrenado los pinceles en el Pilar de Zaragoza y en la Cartuja de Aula Dei, de vuelta de Italia vino a Madrid, la pintura española era un glorioso recuerdo, imperaba el exotismo, sobre todo el manierísimo italiano, y el futuro creador bordeaba los treinta años trabajando obscuramente, cuando en 1775 ocurriósele a Mengs, el pintor de la Corte, encargarle unos "cartones" para la Real Fábrica de Tapices. Y allí nació Goya.

Ante aquellos cuarenta y cinco cartones para tapices destinados a decorar Palacios Reales, el fiero aragonés rompió todos los viejos moldes: ¡atrás las mitologías fósiles, los galoclasicismos acartonados, los manierismos impotentes! Y abrió los murados jardines del arte a la invasión tumultuosa de la realidad, a las escenas populares a cielo abierto, al aire libre, bajo la plena, deslumbrante luz del cielo madrileño. Quince años trabajó Goya en aquellos cuarenta y cinco lienzos—verdaderos cuadros—, que empiezan en "La merienda" y culminan en "La gallina ciega", y en ellos agilizó los pinceles, adquirió la presteza en la ejecución, el lacónismo, el don de decir mucho casi sin trazos, sin color, dejando a trechos el lienzo virgen y acertó a dar a sus cuadros populares la fuerza de la escenografía y la azul transparencia de la acuarela. Así se apoderaba Goya de Madrid: ya era dueño del ambiente, del movimiento, de la gracia; faltábale el difícil dominio de la figura humana, el arte sumo del retrato. Y un día, por mediación de Bayeu, Mengs le abrió las puertas del Regio Alcázar, donde Carlos III había juntado los cuadros de las magníficas colecciones reales que constituyeron el fondo del Museo del Prado: allí estaban Ticiano, Rubens, Van-Dick, Holbein, Murillo... Ante aquella legión de dioses, sólo atrajo la mirada aquilina de Goya un olvidado, un desconocido, que fué aposentador de Palacio—ya lo observa Beruete—, el sevillano Diego Velázquez, el solo pintor a quien el sordo se dignó copiar. Pero lo capital no fué la copia—los discutidos grabados reproducción de la obra velazqueña—, lo capital fué la toma de posesión de aquel señorío estético por la retina captadora del aragonés. Goya le sorbió el alma a Velázquez, como Velázquez se la había sorbido al "Greco"; no imitó a Velázquez, pero anduvo sus caminos, aprendió su técnica, la sumó a su indómita originalidad: tomó de él el dominio de los grises y el imperio del retrato, lo que Velázquez había tomado del "Greco", superándole.





Goya se acercaba a sus bodas con Madrid: ya era dueño del ambiente, del color, del movimiento, de la figura: del secreto del retrato con alma. Entonces le atrajo el sortilegio de la luz. Madrid tiene una atmósfera, una luz, un cielo y unas azules lejanías muy suyas. La elevación de la meseta castellana, los hielos de las cumbres de Guadarrama y de Fuenfría acrisolan el aire madrileño y le dan bajo el rutilo sol diafanidades celestes y transparencias vítreas, y bajo las nubes y tras las nieblas, veladuras sutiles, como argento flúido: nuestros pintores más españoles supieron captar el sortilegio de esa luz. Theocópulos, venido de la divina Grecia y de la Venecia azul de Ticiano, descubrió en Castilla los grises tenues como aire plateado; Velázquez, ¡nacido en Sevilla!, sorprendió en el ambiente de Madrid los grises etéreos del Cretense y le excedió, llegó a "pintar el aire", la distancia, la atmósfera en que se bañan y de que respiran sus criaturas; Goya, venido de Aragón, acertó a recoger en su brocha lo impalpable, el prodigio de la luz plateada y cristalina de Madrid.

Y ya en posesión del ambiente, del color, del movimiento, de la figura, del secreto psíquico del retrato, del arte de pintar el humano "yo", Goya, nacido de Madrid, de su ambiente, de su luz, de su fuerte carácter, hecho de piedad, fiereza y gracia, que es el alma respirable del pueblo bullanquero y heroico de San Isidro y del "Dos de Mayo", Goya, creado por Madrid, quiso crear un Madrid suyo, y al transmutarlo, en una insólita y suprema expresión de arte, dió una segunda y perenne vida a la vieja villa de los Austrias.

¡Caso único en la historia de las artes! ¡Caso inverosímil el de este pintor proteico, que retrató a toda una ciudad y, desde ella, a toda una nación, a toda una época! Pero así fue: Goya, águila bifronte, pintor de dos siglos, en el tránsito del uno al otro mudó de alma, y así en cada uno de ellos produjo una obra distinta, y ambas las produjo abrazado a Madrid; en el XVIII sacudió la dictadura clásica, abolió el precedente, vació el Olimpo y, huyendo de las contrahechas Arcadias que iban a fenecer en el Trianón de María Antonieta, pintó al Madrid popular que tenía delante; en el XIX, ante la hecatombe de la Independencia, el costumbrista que mojaba en sol los pinceles para pintar los rientes tapices, las fascinadoras Majas, la bullente Pradera de San Isidro, las luminosas apariciones de la Florida, hundió iracundo la acusadora brocha en sombra o en sangre para narrar los horrores de la guerra, las catástrofes y los tormentos de los hospitales de apestados o de locos, el terror de los naufragios,

"EL BAILE EN SAN ANTONIO DE LA FLORIDA", GOYA. (MUSEO DEL PRADO.) REPRODUCCIÓN DEL PROFESOR EUG. NORMAN

de los asesinatos, de los aquejarres, las ciénagas del hampa o de las Zahurdas de Plutón, y la tragedia escalofriante de los héroes y de los sacrificados del Dos de Mayo.

Y al bucear en todas las honduras y en todos los léngamos de la realidad y de la conciencia, como nuestros grandes psicólogos de la Mística y del Teatro, se adueñó del secreto de las almas y del dominio de la técnica, y en aquellos dos hemisferios de su arte, con multiplicidad y furia española reprodujo íntegra la vida contemporánea. Todo el Madrid, toda la España de Carlos IV respira en la obra de Goya, desde los Reyes y la dinastía entera hasta "Paquete", el ciego de las gradas de San Felipe. Ministros, próceres, literatos, poetas, artistas: Floridablanca, Jovellanos, Cea Bermúdez, Moratín, Silvela, Meléndez Valdés, Ventura Rodríguez, Juan de Villanueva; los comediantes Maiquez y "La Tirana", los toreros Pedro Romero y Costillares; las históricas figuras de la guerra, Palafox, el Caudillo; "El Empecinado", el guerrillero; Lord Wellington, el aliado invicto; franceses y afrancesados, Guyé, Guillemardet, Llorente, y todo el mundo femenino, desde la duquesa de Alba y las marquesas de Lazán y de Pontejos, y la condesa de Chinchón, hasta "Las mozas de cántaro", "Las floreras", "La acerolera", "La aguadora"; pasando por las damitas que se solazan en "La gallina ciega", o en "El columpio", por la hechicera "Rita Molinos", y "La librería de la calle de Carretas", y "Las majas del balcón"; y



la ola viva del pueblo, bullente y tempestuoso en procesiones, romerías, bailes, toreros y pendenicias, o en combates sublimes y en supremos sacrificios, como los que perpetúan los dos apocalípticos "borrones" del Dos y del Tres de Mayo: el asalto del pueblo a los mamelucos y los fusilamientos en la montaña del Príncipe Pío.

Y toda aquella vida madrileña y, por serlo, ultraespañola, sorprendida en acción, en movimiento, en júbilo, en furor, en paroxismo de ira nacional, no era en Goya frío mecanismo, como en la fotografía; era fogoso raptó estético, percepción de lo hondo de las almas; por eso la característica del gran maestro es la sugestión turbadora, el brío con que nos empuja al duro encontronazo con la realidad trágica, macabra, espeluznante o embrujadora; por eso el menor rasguño de su mano sacude los nervios, desata la fantasía o remueve las muertas aguas del patriotismo español, resucita el orgullo de estirpe; porque Goya no fué sólo un excelso pintor que empalmó la tradición hispana rota en el siglo XVII, fué algo más entrañablemente, más mi-

lenariamente nuestro. Ya un crítico insigne (1), considerando dentro del mismo arte al ignoto pintor de la Cueva de Altamira y a Goya "por la acuidad de la visión y por la franqueza con que se encara con la vida", señala en el artista prehistórico un "antepasado del sordo inmortal". ¡Tan de lejos arranca el realismo español, que alcanzó en Goya su expresión más completa! Y como el otro inmortal realista-psicólogo del Teatro, Goya logró el don reservado a los sumos artistas de crear tipos representativos y genéricos como "Don Quijote", "Hamlet" o "Don Juan". Goya creó a "la Maja", no sólo a su célebre "Maja echada" (vestida y desnuda), sino a todas sus majas, porque todas, reinas, duquesas o chisperas, eran la misma, la mujer española, la madrileña, emblema de estirpe; así Madrid, el Madrid "como Goya lo vió", era síntesis y símbolo de España.

No hubo artista más personal ni más representativo, más suyo, ni más nuestro.

Y como su sordez le aislaba de las gentes y le hacía por fuerza hosco y lacónico, el pintor se concentró en su mundo interior, entregóse a su aspiración insaciable, a su tenaz captación del natural, a su hercúlea doma de la rebelde técnica, a su anhelo de posesión de la divina forma vislumbrada; y al cabo, ya cerca de la muerte, empeñóse en descubrir a través de la carne el esplendor de la espiritualidad; y a tanto llegó, cumplidos los ochenta años, en sus retratos de Munárriz y de Urquijo y en la "Comunión de San José de Calasanz". Aquí la cabeza exangüe del Santo moribundo se baña ya en luces de bienaventuranza. Hasta aquella cumbre estética alcanza el soplo creador de nuestra Mística. Sin tal obra Goya no estaría completo; por ella abarcó entera el alma de Madrid, el alma de la España eterna.

(1) Sánchez Cantón.

Goya se creó en Madrid una gloriosa geografía; suya es "La pradera de San Isidro", cuyos los claros horizontes y los resplandecientes fondos de las escenas madrileñas, suya fué, junto al Manzanares, la que el pueblo llamó "Quinta del Sordo", en cuyas paredes, bajo el espanto de 1808, proyectó el pintor las terribles visiones que le obsedian, figuras monstruosas y grotescas que de los terrores de Dante derivaban al humorismo de Quevedo; allí la técnica del maestro, cada vez más española, sobria y expresiva, acercábase al triunfo definitivo. ¡Lástima que Madrid, que ya posee una "Casa de Velázquez", dejara arruinarse la "Casa de Goya"! Suyo es también San Antonio de la Florida, que ya no es parroquia, sino santuario, que Goya consagró al taumaturgo popular, y alma de la más castiza de las verbenas.

Como San Francisco elevó al cielo la Santa Pobreza en la bóveda de Asís, Goya elevó a la bienaventuranza, en la bóveda de la Florida, a las madrileñas de un tiempo, "angelos" que visten falda de "medio paso" y fajas de gayos colores. Pero aquellas mujeres no son carne pecadora, sino espiritualizada; no las macula el colorete, como a las otras hembras goyescas; son virgineamente pálidas; creyéraselas vestidas de luz y nimbadas de éter; sus gasas translúcidas parecen plateadas por albor lunar, y sus alas tejidas con hebras de iris. Aquello es la transfiguración del realismo, la apoteosis de lo español.

En la cúpula de la Florida, San Antonio de pie, envuelto en el místico sayal franciscano, en medio a una revuelta muchedumbre cástizamente madrileña de majas, chisperos y chiquillos, resucita a un muerto, conjurándole a que revele el nombre de su matador para salvar la vida a un inocente a quien por error amenazaba la furia popular. Aquí la democrática brocha del Sordo predica con profética elocuencia una santa parábola de amor a su amado pueblo de Madrid.

BLANCA DE LOS RIOS

una madrileña evoca tiempos pasados

Dentro de una época existen períodos en que, por reunirse hechos determinados, por haberse vivido durante ellos mejor o peor que en los precedentes o en los que los siguieron, parece que los vienen a caracterizar. En su fondo substancial como en su aspecto social y externo.

Los ocho o diez años que precedieron a la caída de la Monarquía forman uno de esos períodos. Y al recordar esto, la distinguida madrileña que nos sugiere estos renglones encuentra que contrastan de un modo interesante los tiempos que ella vivió y los sucesos que entonces presenciara, con los hechos y los sucesos que presencia hoy.

En aquella época de quietud y de bienestar, la gente joven se preocupaba de divertirse, y las personas de posición cuidaban de animar la vida de sociedad, animación que significaba entonces, como significó siempre, para el comercio y para la industria, el aumento de sus utilidades y la prosperidad de sus negocios.

Se sucedían a la sazón los viajes, los bailes y las comidas. Los diplomáticos extranjeros se complacían en abrir sus casas a la sociedad. Aún no se habían resentido los cimientos físicos y morales del teatro Real, y aunque no tan brillantes como en los primeros años del siglo, se sucedían en el regio coliseo los abonos de aquellos sábados de moda, en que a la música de Wagner sucedía la voz de Fleeta, entonces en toda su pujanza y esplendor.

Con nostalgia evocaba nuestra madrileña las fiestas de jardín celebradas en el Madrid de sus recuerdos, que se le antojan ahora como reproducciones espléndidas y estilizadas de las fiestas populares. ¿Y no fué siempre lo popular imitado por las clases superiores en lo que tiene de gracioso, de típico y de original? ¿No se vestían ya de majas las señoras principales en la época de Goya? Y en los tiempos que corren, ¿no se elevó a prenda elegante, de uso general para las fiestas, el mantón de Manila, que pide, al ser citado, la música jaranera de Chueca y de Bretón?

Un aspecto de esas aficiones de las clases elevadas a imitar todo lo popular fueron las fiestas al aire libre, que, por una inclinación inexplicable del subconsciente de nuestra amiga, se presentaban ahora a su imaginación claras y precisas, en esta tarde otoñal, más que de primavera.

Recordaba las verbenas de "Las Jarillas" y de "La Huerta"; las fiestas de jardín de los Alba, los Aranda y los Medinaceli... Y le entristecía la idea de que esas reuniones pintorescas y encantadoras en que tanto se había divertido, probablemente, no volvieran a celebrarse más.

Ahora se ofrecía a su recuerdo una a que asistió en casa de la marquesa de Argüelles, tan original, que de verbena tenía el carácter típico, el alma, la alegría, la nota de color, la gracia andante que pide requiebros y piropos. Parecía ideada esa fiesta por un artista en el cual, por acaso, se hubiesen juntado la gracia de Watteau al realismo de Goya. Y volvía a surgir, como en una magia ante sus ojos, el jardín de la Castellana, poblado de floridos macizos y verdes arriates, con frondas misteriosas de árboles, cuyos vagos contornos se destacaban en el horizonte azul. Daba entrada al palacio marmórea gradería. Miles de luces, como flores luminosas, brillaban, esparcidas por todas partes, formando con las sombras del ramaje, en las sendas ordenadas, caprichosos arabescos, riellando en las aguas del lago, arrancando destellos temblorosos sobre la arena de los paseos... De uno de los bosquecillos se escapaban los rasgueos de guitarras y bandurrias, y aquí y allá, puestos elegantes de "torraos", de avellanas, de buñuelos, formando en conjunto como una imagen embellecida de las fiestas populares que a ella le encantaban tanto.

En el escenario, que se presentaba a su imaginación con la misma luminosidad de aquella noche inolvidable, rumbosas y elegantes, hermanando la distinción de los salones con el gracejo de las antiguas verbenas del Manzanares y de las modernas de la Florida, luciendo con donaire mantones de Manila de sedosos flecos, como caireles de vestimentas andaluzas, pasaban mujeres hermosas de gracioso andar, de risa argentina, de habla salpicada de donaire. Imaginábase ella por un momento que la "Temeraria", la "Pintosilla", "La Marica", la "Alifonsa", la "Colasa" y la "Bastiana", todas las majas, en fin, que pueblan los sainetes de D. Ramón de la Cruz, representadas e idealizadas por damas ilustres de la aristocracia, circulaban por el jardín de su ensueño, volviéndolo a llenar de gracia, de alegría, de hermosura. Un aire suave, que ni siquiera movía los árboles, convidaba a destacar entre los pliegues de los mantones las gargantas desnudas y los brazos al descubierto. Como en los nacimientos, habíase derramado talco sobre el césped, que, al ser herido por la luz, brillaba de un modo original. Nota también curiosa era el barquichuelo del lago, señalando con luces de color la línea de su borda y de su vela.

Como si dentro del hotel no cupieran, las flores se desparrramaban por los balcones y los adornaban, tejiendo artísticas canastillas. En la escalera, las rosas apenas dejaban libre el paso, y como si no fuera bastante, formaban también como una alfombra. Bien estaba el homenaje, ya que no era posible cubrir el jardín con las capas que los chisperos de Goya ponían para que pisaran las majas a orillas del Manzanares. Y en verdad que tanto lo merecían las damas que asistían a la fiesta. Algunas vestían falda corta, como las majas de antaño, y no faltaban las altas peinas del castizo tocado español, mientras otras prendían claveles en sus cabellos, en alto, a estilo andaluz, y otras los dejaban caer a un lado, con un aire encantador de gracia y señorío.

Un columpio y un "tío-vivo" daban animación extraordinaria al cuadro, que alegraba el sonar jacarandoso de los pianos de manubrio tocando aires netamente madrileños: "schotis", pasodobles, mazurcas, ya por entonces olvidados, alegres como la alegría misma del pueblo cuando se divierte en las tardes de



RETRATO DE DOÑA ROSARIO DE SILVA Y GURTUBAY, DUQUESA DE ALBA. PINTADO POR ZULOAGA.

los domingos... Las muchachas se dejaban ir en el vaivén de los columpios, desplegando al aire los mantones, y cuando un impulso más vivo las asustaba, sus gritos constituían una nota más de regocijo en la bella fiesta.

En un extremo, la horchatería. Chicas bien prendidas servían la horchata. Cerca, una orquesta de acordeones. Más allá, gitanos venidos del mismo Sacro Monte. Una banda de guitarras y bandurrias ayudaba a dar color y alegría con pasacalles de Chueca y "schotis" de Valverde, música retozona y chispeante, donairoso, enamoradiza...

Y desde el cuadro de la verbena de "La Huerta", la imaginación volandera de nuestra madrileña se trasladaba al jardín de "Las Jarillas". Semejaba la casa como un cortijo sevillano; sobre la puerta, el típico tejadillo, y en las ventanas, los perfumados tiestos de claveles, jazmines y geráneos que desbordaban entre los hierros repujados. Zócalos de azulejos, pisos de olambrilla, telas de Oropesa, jarrones de Fajalauca y de Triana. Un patio andaluz, cuyas galerías sostenían antiguas columnas de mármol. En torno, las filas de pintadas macetas de flores; en el centro, la fuente de mármol, en cuya taza caía, murmuradora, el agua del surtidor. Dibujaban en esta fiesta los arriates y platabandas, millares de vasos de colores, rojos, azules y amarillos, conteniendo lamparillas que iluminaban con suave claridad paseos, praderas, macizos, fuentes y estanques, en los que graznaban patos y cisnes, un poco asustados con tanto ruido. Cuanto abarcaba la vista era cual un inmenso campo de luciérnagas de colores, cuyas líneas extendíanse, desvaneciéndose, hasta confundirse con la luz de la luna. La música de los Boldi, a la hora del baile, tocó, para estar en carácter, un programa de música española, desde el "Gitani-lló" hasta el "Relicario".

En un descanso del baile, una sorpresa. Por una de las puertas del patio andaluz apareció un carro blanco tirado por un borriquito de pesuñas doradas, enjaezado a la andaluza, adornado con hortensias, geráneos y rosas, que hacían recordar los carros típicos de la romería del Rocío, y en él, Pastora Imperio, entonces con todo el prestigio de su fama, con traje oscuro de faralces y ciñendo el busto con un mantón de Manila, alta peineta de concha, collar de perlas y zarcillos de brillantes. Y colgadas del carro, unas quince o veinte jaulas rústicas, cada una de las cuales contenía un par de pichones, parte integrante del cotillón que luego se había de bailar, lo que hizo exclamar a algún enamorado galán, mirando a su pareja:

—Esto no es una figura de baile; esto es una invitación.

Hubo bailes andaluces, en los que tomó parte "Nati, la Bilbaína", en el prestigio de su belleza y de su juventud.

Y después, el recuerdo de las cacerías se presentaba a su memoria. Pocas fiestas habían ofrecido para ella tal atractivo de belleza, por hallarse su ejercicio íntimamente unido a la naturaleza y tener en el campo escenario magnífico. La "Venta de la Rubia" era a la sazón como el santuario aristocrático de este noble deporte, y allí solía ir ella alguna vez para perseguir a caballo el zorro o la liebre y para asistir, al final de la temporada, a uno de sus ritos más solemnes: la clausura de la caza. Desde el Chalet veía llegar a los cazadores, en sus caballos sudorosos e inquietos, y en sus "autos", a las invitadas, envueltas en ligeras nubecillas de polvo. Era ése el momento en que la tarde ofrecía en la luz y en el cielo delicados matices de plata, y argénteo era también el gris predominante, en la vista de Madrid, tendido a lo lejos, perfilando en el aire suave sus torres y campanarios, que hacían recordar el fondo de un paisaje de Goya. Y en ese fondo, las notas rojas de las levitas de los cazadores, las grises de las faldas de las amazonas, sin que faltase la pincelada vistosa de algún uniforme militar.

¿Y cómo olvidar los bailes de trajes, en que creyó ella hacer bastante buen papel? Uno de trajes rusos, en que ella se presentó vestida de boyarda, con falda rosa y caftán encarnado de tisú y adornos de pieles, luciendo en la gran tiara de oro toda la auténtica pedrería de su madre. Dada la vistosidad de los trajes rusos, el efecto del baile quedó logrado. Resultó toda una orgía de colores, mezclándose allí princesas y aldeanas, damas boyardas y mujeres de Ucrania y de Letonia en simpático conjunto de arte.

Después recordaba las excursiones a Toledo y a La Granja, en los primeros tiempos del automovilismo, y las excursiones a la "Casa del rey moro", en Ronda, y a "Ventosilla", de los Santoña, y las monterías en los cotos del "Águila" y de "Mezquitilla", y también las excursiones al "Castañar", de los Finat.

Las carreras de caballos culminaban en las famosas celebradas en el hipódromo de Aranjuez, con sus tribunas coronadas de flores, como las de Chantilly, y sus meriendas bajo los árboles frondosos. Y la feria de Sevilla, bajo un cielo transparente, en la que se sentía el perfume de las rosas y del azahar, por todas partes le recordaba los coches de las "Dueñas", enjaezados a la jerezana, y las amazonas andaluzas, admiradas por su garbo y su gentileza.

Y eran los grandes bailes de las casas de la aristocracia, más surruosos de los que pudieran darse en país alguno; y eran las reuniones de la sociedad; y eran las bodas solemnes, como la que se celebró, al casarse, en el jardín del palacio de Montellano, los que llevan este título hoy.

No se habían popularizado los "cock-tails" que sirven ahora, acaso para disipar tristezas, ni se jugaba tanto al "bridge", con que se sustituyen otras diversiones. Podía decirse que esos tiempos, como Teyllerand de otros, que el que no los conoció no puede comprender lo que es la alegría de vivir. Y eso sólo en lo que se refiere a la parte social y externa, dejando otros extremos más importantes para los que tienen autoridad de exponer su opinión. Pero al ver cómo cruje el edificio que crearon cincuenta generaciones, sea lícito a esta mujer recordar diversiones y esparcimientos que tienen para ella el encanto de ir unidas a esa primavera de la vida que es la juventud.

MASCARILLA



RETRATO DE DOÑA CARMEN MUÑOZ Y ROCATALADA, CONDESA DE YEBES, OBRA DEL PINCEL DE MANUEL BENEDITO.



VISTA DE LA CALLE DE ALCALÁ EN LOS DÍAS DE FERNANDO VI. ÓLEO DE ANTONIO DE JOLI. (COLECCIÓN VIZCONDES DE ESCORTIAZA) REPROD. DE J. A. MARTÍNEZ

MADRID SINTESIS DE ESPAÑA

"Madrid, capital de España, villa de cerca de un millón de habitantes, naturales de todas las regiones, pero en la que los auténticos madrileños son tan desconocidos, que hay quien duda fundamentadamente de su existencia." Así podría definirse Madrid en cualquier manual de Geografía política.

Este fenómeno no se da ahora solamente; ya en los días venturosos de Fernando VI y de Carlos III, la población de Madrid, cuando menos la población activa, la población viva, era casi en su totalidad oriunda de las diversas regiones de la nación.

Parece ser que el gran pintor veneciano Juan Bautista Tiepolo (fallecido en Madrid el 1770), autor del maravilloso techo del Salón del Trono del Palacio de Oriente, que interpreta el tema de "Las regiones españolas", no tuvo que salir de la villa y Corte para encontrar auténticos modelos regionales. Y su hijo Lorenzo, que le ayudó con Domenico en la faena decoradora, pudo pintar a su gusto los tipos regionales más heterogéneos. A Madrid acudían gentes de todas partes, deslumbradas como mariposas, a revolotear ante el foco cortesano, en el que muchas se quemaban las alas.

Este fenómeno migratorio del Madrid de antaño y del Madrid de hoy vale tanto como la afirmación indiscutible de la gran hospitalidad con que aquí son acogidas las gentes de todas las procedencias, sin que jamás se caiga en la indiscreción de preguntarles de dónde vienen ni a qué vienen, aun cuando en esto del "a qué vienen" constituiría en muchos casos saludable y cautelosa investigación.

Las gentes que viven en Madrid han contraído incorregible hábito callejero, que da a la ciudad fisonomía especial de animación desocupada. Hay gentes que viven en la calle, y hay personas—to-

dos las conocemos—cuya misión parece destinada a simular con su asidua presencia el emplazamiento de monumentos urbanos. Pero estos monumentos vivos—toreros y cómicos sin contrato, tenorios contemplativos y melancólicos, casinistas crónicos, mendigos por los que resbala el tiempo sin herirles—contribuyen poderosamente a la fisonomía inconfundible de la calle madrileña. ¡Ah!, todos y cada uno haciendo lo que mejor les viene en gana, a despecho de ordenanzas de circulación. ¡El individualismo hispano hay que mantenerlo a toda costa!

Cambian las personas, cambian los edificios, pero el hábito callejero y de bullanga del habitante de Madrid perdura, aun cuando aparente acatar la moda.

Como veraz testimonio de los días de Fernando VI y Bárbara de Braganza—los reyes de la paz fecunda—llegó a nosotros un cuadro costumbrista que vale por ventana abierta a los días pretéritos que transcurrieron entre el 1750 y el 1754. Un pintor italiano, Antonio de Joli, poco conocido, especialista en lo que hoy llamaríamos reportajes pictóricos, viene a Madrid y pinta trozos certeros de la vida urbana madrileña. Esta bella obra surgió no hace muchos años en una subasta de arte celebrada en Londres. No se precisaba en el primer momento qué ciudad había querido interpretar el artista. El llorado e ilustre académico don Félix Boix, generoso creador del Museo Municipal madrileño, rescató para España esta obra tan sugestiva. Formando pareja, vino otra pintura, que deja ver con maestría y elegancia las obras de construcción del Palacio de Oriente. Y poco más tarde, un tercer cuadro de Antonio de Joli fue adquirido en España por el señor Boix, pintura que describe una gran fiesta en el Tajo de Aranjuez, fiesta que había organizado el gran cantante Farinelli.

Una brillante corte ocupa embarcaciones fantásticas y suntuosas. Músicos agrupados en diversas orquestas organizadas por Farinelli animan el paisaje soberbio con sus melodías, y el propio Farinelli deja oír su potente voz, que, al decir de Burney (historiador de la Música), "embelesaba, dominaba a cuantos le oían, sabios e ignorantes, amigos y enemigos".

Tales expansiones, de las que disfrutaban desde Fernando VI y la Reina hasta el más humilde huertano de Aranjuez, constituían, más que diversión frívola e intrascendente, plan médico adecuado para aliviar, cuando menos, la grave y heredada melancolía del Rey, sobre cuyos nervios enfermos actuaba la voz de Farinelli, como vigoroso resorte vital.

Quizá la hipocondría del Monarca fue beneficiosa para España, evitando que tomase iniciativas guerreras, tan al uso en aquellos días. La hipocondría produce obsesiones, y la de Fernando VI fue "la obsesión de la paz". Los años tranquilos de su reinado se tradujeron en el saneamiento del exhausto tesoro nacional, en la ejecución de obras públicas y en la formación de unas reservas metálicas tan cuantiosas, que habían de permitir en fecha próxima a Carlos III desarrollar una política urbanística, renovadora, de la que tantos testimonios nos quedan en Madrid y en el resto de España.

Asomémonos al ventanal que tan diestramente abrió Joli sobre la calle de Alcalá, la calle que resumía toda la vida española, verdadero corazón de España. El espectáculo es inolvidable. Al fondo, la imponente plaza de toros, cuando este espectáculo apasionaba a todos los vecinos de Madrid, sin excepción. Al lado, cerrando la calle, la Puerta de Alcalá, demolida años más tarde, por resultar insuficiente y que, según un aguafuerte del siglo XVII, tenía por remates

las imágenes de la Virgen de la Merced, San Pedro Nolascó y la beata Mariana de Jesús, puerta que fue substituída por la actual, obra del ingeniero italiano Sabbatini.

De todo el amplio panorama no se conserva otro recuerdo que la iglesia de San José. La calle, todavía sin aceras, quizá placía más al pueblo madrileño, que, como síntesis y representación del indomable individualismo español, gustaba—y continúa gustando—de caminar por donde se le antojaba. Las gentes situaban sus puestos de mercaderías en medio de la calle. Grandes y pequeñas carrozas de suntuosa traza, tiradas por ostentosos caballos cordobeses amestrados a la española, circulaban con aires de ceremonia. Trajes civiles y uniformes militares españoles y extranjeros (había tropas de alemanes, suizos e italianos) constituían verdaderas obras de arte por la riqueza de las telas y el primor de los bordados. Trajes populares de todas las regiones españolas alegraban la vista con variedad inagotable. Pregones callejeros de musiquilla tradicional ofrecían productos naturales de la tierra, y el pobre pollino español, símbolo de la sumisión paciente, era el principal elemento del tráfiago comercial.

Pero por encima de todo, había entonces, en vez de la odiosa lucha de clases, gran cordialidad entre todas las gentes. La dama linajuda, ataviada con riqueza y arte, pasaba en su carroza, admirada de las gentes cultas y no olvidada del pueblo, que más bien se sentía orgulloso de que la villa madrileña pudiese mostrar gentes de tal calidad y distinción. Y es que entonces cada uno ocupaba su puesto con dignidad, sin invadir terreno extraño. Los hombres eran muy hombres, y las mujeres cuidaban celosamente de su feminidad, que era su verdadera fuerza. ¡Y Madrid era España...!

ANTONIO MENDEZ CASAL

Ayuntamiento de Madrid

evocación

del
piano
de
manubrio



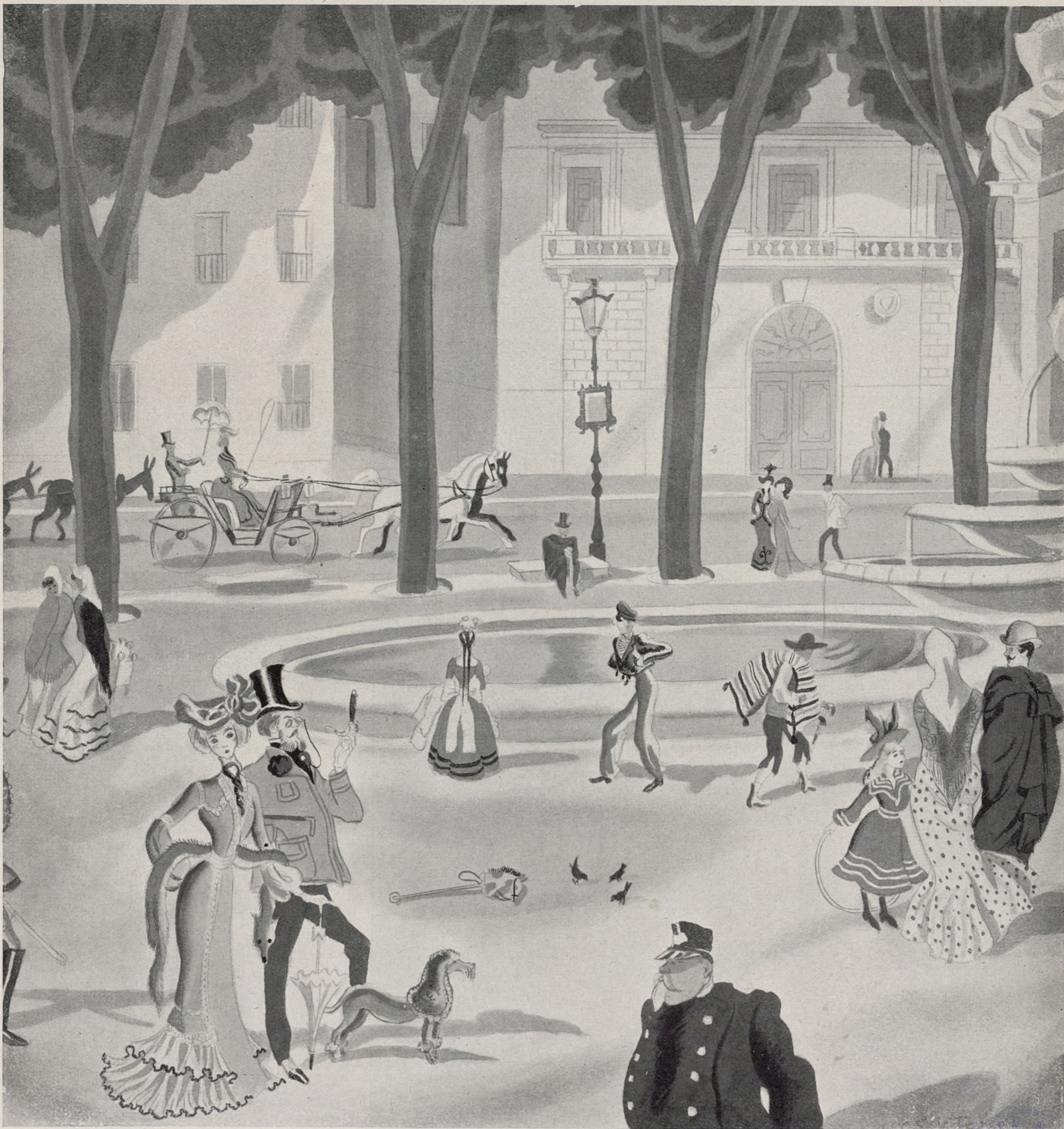
Pocas fechas han tenido tanta fortuna como el 1900. Una extensa literatura de todas clases se dedica, en los últimos años, a expresar la nostalgia de ese cruce o conjunción de dos siglos, y Paul Morand ha podido destinarle un libro entero, como si se tratase de uno de los períodos más trascendentales de la Historia. Y el caso es que en 1900 no ocurrió nada excepcional. Lo único que sucedía entonces es que la gente podía vivir en una atmósfera de libertad y de relativa despreocupación; precisamente lo que hoy no existe ya. Por eso, la humanidad civilizada vuelve la vista melancólicamente hacia una época en que la vida conservaba aún cierto orden y plenitud. Fué ayer, como quien dice, y ya parece que se hunde en la lejanía de la antigüedad.

¿Cómo era Madrid en 1900? Desde luego, todavía no había pensado en norteamericанизarse, y la Gran Vía no pasaba de ser una risueña y graciosa diversión zarzuelera. No; todavía no era una mala imitación de Nueva York, ni se conocían los anuncios luminosos, ni los grandes "cines", ni las precipitadas muchedumbres de automóviles. Pero tenía sus encantos intraducibles y sus grandezas irrecuperables, y sus calles, mal adoquinadas y más estrechas y torcidas que hoy, poseían algo que corresponde al mundo del espíritu y del sentimiento y que se ha ido acaso para no volver más.

Es claro que yo veo aquella época a través de los recuerdos juveniles. Uno habitaba entonces las modestas, aunque honradas, casas de huéspedes, y nada más que asomándose al balcón, tenía derecho a presenciar el espectáculo completo de la calle, y toda la ciudad, entonces mejor que ahora, se reconcentraba y exhibía en las viejas calles castizas como el más vivo y elocuente de los escenarios. Los estudiantes asomaban sus rostros de insomnio en la dramática ansiedad de los exámenes de junio, y las costureras del obrador vecino, miránolos de soslayo con guiños de malicia, poníanse a cantar: "Estos son los calzones del señorito, del señorito. ¡Ay, qué frío habrá pasado este invierno el pobrecito...!"

En tanto que las criadas, mientras salían a sacudir las alfombras, repetían a grito pelado los estribillos de las zarzuelas a la moda. Porque, en realidad, el Madrid de entonces estaba empapado de música de zarzuela; era positivamente un pueblo zarzuelero, que aun no había concluído de agotar la profunda fascinación de "La verbena de la Paloma", esa inspirada fuente de geniales jocosidades y sentimentalismos. La calle, de pronto, se poblaba de mecánicos tecleros. Era el piano de manubrio que venía a hacer una estación bajo los balcones de las costureras y los estudiantes.

Los progresistas y sociólogos baratos de aquella época perseguían con su enemistad a los organilleros. Yo no explicaba semejante reprobación.



ción. A mí me parecía que nada era tan simpático como el sentir que de pronto la calle se poblaba de una música fácil, alegre o patética, siempre romántica y sugeridora. Sería acaso porque la juventud todo lo digiere y todo lo convierte en poesía. Probablemente, aquellos pianos mecánicos sonaban con bastante torpeza, y las piezas que tocaban no habían sido concebidas seguramente por los grandes maestros alemanes; todo se reducía al pasodoble, al chotis, a la romanza zarzuelera a la moda; pero en aquel sitio y en aquella edad, la tosca música del organillo adquiría un encanto insuperable.

Bien lo sabían los organilleros. Indefectiblemente, solían ser jóvenes y muy pagados de su figura. Vestían gorrilla ladeada, chaqueta muy ceñida por la cintura, pañuelo al cuello y ancho pantalón abotinado; y grandes tufo sobre las sienes. Los progresistas y sociólogos baratos de la época les llamaban "chulos", poniendo

una intención de desprecio y de infamia en la palabra. Verdad; eran unos chulos de navaja de muelles en el bolsillo y de una completa falta de vocación para el trabajo. Pero, bien examinado el problema, ¡con qué gusto y presteza cambiaríamos nuestros pistoleros de hoy por aquellos chulos de entonces! A ellos no se les hubiera ocurrido nunca que había necesidad de incendiar templos, ni que era una acción loable el asesinar a tiros de ametralladora a quien no opinase con arreglo a ciertos mandatos. Tal vez se llamarían republicanos federales, lo mismo que el cajista de imprenta y el maestro zapatero; pero la cosa no pasaba de ahí.

Indudablemente, había más cordialidad en la comunicación ciudadana. Y se conservaba aún la indispensable ponderación de las jerarquías. José Echegaray era el genio indiscutible; el duque era un duque; el capitán general, un verdadero capitán general. Y esto se verificaba sin

el menor acento de servilismo. Y cuando pasaba un regimiento con la música al frente, todos se olvidaban de la república federal y se iban con los soldados a Palacio, a lanzar vítores al aire.

Lo cierto es que muchos españoles de más de cuarenta años se sienten con ganas de reproducir la frase incisiva y melancólica de Talleyrand, cuando, después de la zona tórrida de la Revolución, exclamaba: "Quien no ha conocido la vida del antiguo régimen no sabe lo que es la dicha de vivir". Indudablemente, en 1900 existían penas, y dramas y angustias personales; en 1900 no se habían abierto las grandes avenidas a la moda norteamericana, ni poseía Madrid los adelantos de orden material de los que hoy se enorgullecen. Pero necesario es repetir que de buena gana se canjearían muchas de esas adquisiciones por aquel acento de humanidad y de simpatía, que probablemente se ha perdido para siempre.

JOSE M.^a SALAVERRIA



RETRATO DE LAS SEÑORITAS DE CÁRCER, POR MANUEL BENEDITO. (REPRODUCCIÓN J. A. MARTINEZ)

De la mantilla

Muchachita de hoy, la de las cejas agudas y el tallo de palmera, la del andar resuelto y el claro mirar, a ti me dirijo desde estas líneas con un reproche que, a compás de olores verbeneros, del corazón me sube a los labios: ¿Por qué, dime, te has olvidado de nuestras prendas nacionales? En estos días cálidos en que Madrid, como primer espada, se viste de oro y turquesa y en que los violines callejeros desgranaban en el repescado rojo viejos schotis de ayer, ¿por qué obligas a dormir un sueño natalinoso—entre el velo de novia de tu madre y el devocionario de tu abuela—a tu rico mantón de la China y a tu mantilla de encaje? ¿No sientes latir en tus venas un casticismo atávico? ¿No eres nieta, acaso, de una duquesa con rumbo de maja y de una maja

"tan airosa y tan bravía que a nadie la vista baja y todo requiebro ataja con singular picardía...?"

¿No hay algo en el repicar de tus tacones que pide el revuelo airoso de un mantoncillo de espuma? ¿Ni en tu porte una altivez que exige el airon de una peña de carey?

Madrid en junio, mujer, sabe volver a ser Madrid. Durante el resto del año, la Villa del Oso y del Madroño, y gracias a sus flamantes cafés con trazas de transatlánticos, a sus bares al minuto de pretensiones neoyorquinas, a sus avenidas con gentes que ya no paladean el callejeo, sino que lo apuran de un trago; a sus "autos" lujosos, a sus vitrinas llenas de muñecas de París y de empleados que desde abajo parecen que trabajan, alardea de un serio aspecto cosmopolita. Pero en cuanto en los paseos terminan de florecer los castaños y brotan verdes persianas en los balcones de las callejuelas y rosas de sangre en el Retiro, y niñas bonitas por todas partes, el madrileño vuelve a ser el "gourmet" de refrescos y de sonrisas, coge su silla y se sienta a la puerta de su casa—o de su café, que para el caso es lo mismo—, dispuesto a mirar fluir las horas y las mujeres.

Y tú pasas ante él, muchacha del día. Con tu liso traje estilo del "Voque", y tu gorro liso estilo del "Fémica", y tu rostro liso estilo Joan Crawford. Muy bonita, ciertamente. Sin floritura. Sin adorno. Cristal y aluminio, cual los bares de la Gran Vía. Pero como has quitado esto por incómodo y has suprimido aquello por poco "chic", sin darte cuenta, muchacha, del sastre liso, y del peinado liso, y de los tacones planos, te has quedado en esqueleto. Los muebles de cristal y aluminio son esqueletos de muebles. Tú eres esqueleto de feminidad. Porque todo en este mundo necesita estar "floreado". Las mujeres parecen más mujeres entre volantes y sedas, y sus espíritus más atrayentes cuanto más enojados de suavidad, de coquetería, de tierno saber...

Ante el madrileño que degusta su refresco vais desfilando, muchachas de ahora. Todas iguales. Todas lo mismo. La modistilla. La estudiante. La empleadita. La señorita "que no hace nada". La casada joven que va de compras... Todas lo mismo. Todas iguales. Gorros de dibujo francés y melenas de dibujo yanqui. Ni un moño bajo. Ni unos pendientes largos. Ni un solo mantoncillo de espuma. La modistilla quiere parecer empleada. La empleada, estudiante. La hija de familia, casada joven. La casada joven, modistilla. Todas finas de silueta, blancas de sonrisa, perfiladas y peripuestas. Todas lo mismo. Todas iguales. ¿Bonitas? Sí. ¿Elegantes? También. Pero madrileñas, ¡no!, ¡y mil veces no! ¡"Standart", como el cristal y el aluminio! Sin sello propio. Sin personali-

RETRATO DE LA INFANTA LUISA FERNANDA CON MANTILLA, PINTADO POR WINTERHALTER (1847)

Y el mantón



dad latente. Sin perfume vital. Sin aquel graceo y aquella apostura que es sal y pimienta de la belleza.

Cuando las campanas de Semana Santa tocan a dolor, la madrileña moderna, y como ofrenda devota, coloca sobre su melena desnuda el nimbo sutil de un velito de tul. Y ya ha hecho bastante. ¿La mantilla? ¡Horror! ¡Cursilería suprema! ¿Quién se pone hoy día semejante artefacto?

La madrileña moderna, si es que acude a los toros, no lo hará jamás con la prenda nacional. Y el manto de blonda sigue durmiendo su sueño alcanforino en el arcón del olvido, junto al azahar amarillento de alguna novia que no es ya.

Y llega junio, con sus noches plateadas. Y su girar de trovivos. Y su alegría vocinglera de orgánicos y de rifas. Y sus tientos de albahaca. Y sus chasquidos de aceite. Surgen—nadie sabe de dónde—los últimos simones. Y el Prado, como vieja monola coqueta, se envuelve en floripondios de papel. Y la Florida prende entre los rizos de sus frondas chispas diamantinas. Y el Manzanares fluye con ritmo de schotis. Y el corazón de la gran ciudad, del Madrid de Goya y de Bayeu, del castizo Madrid de Ramón de la Cruz y de Ventura de la Vega, del pintoresco Madrid de Bretón y de Chapi, despierta a los viejos sonos y los viejos olores, se envuelve con gesto de chispero en su capa azul y parte de aventura.

Muchachita del tallo de junco y de la boca de

laca, ¿vas a ser tú la única que resista al mágico conjuro?

¡Anda, ven, déjate de extranjerismos y coge tu mantón! ¡Tu mantón español! Rico en bordados y opulento en fleco. Alegre de pájaros y flores. Majo en su porte. Elegante en su flexibilidad. Tu mantón, que evoca jardines y verbenas. Palacios y merenderos. Orquestas y organillos. Que trasciende a olvidados perfumes y huele a hierbabuena. Tu mantón que, fiel compañero de tus mayores, para satisfacer sus caprichos y exigencias, supo adoptar mil aspectos y fisonomías. Que en torno a los cuerpos flexibles de marquesas y manolas fué a ratos coraza luminosa de valquiria y a ratos ropaje de ninfa clásica. Que, rico y solemne, en los palcos de toros, nota vibrante de vida y color entre cielos zafiro y arenas doradas, era algo tan español como nuestro propio idioma. Que, ligero y breve, con bordado de flores menudas, al ser pañuelo de tallo, ceñía con amor los escotes de las mozas cortieras y de las damiselas "bien". Que, modesto y audaz, reatado y gallardo, al convertirse en mantoncillo de espuma prendía airoso por el tallo a la chullilla y a la gran señora. Que fué chal ligero, prenda popular y salida de teatro. Que fué red que apresa y escudo que defiende...

Anda, mujer, coge tu mantón. ¿No ves que la noche es tibia y de plata? ¿Perfumada de casticismo y con sabor de primavera? Trenza en tu pelo estos clavetes. Y, ¡chal!, partamos en busca del último simón...

CARMEN DE ICAZA

noche verbenera

Millares de pinturas literarias, un género teatral, el sainete, y la propaganda periodística han convertido en tópico la diversión primaveral y veraniega que lleva nombre de planta con olor de símbolo: la verbena. El tópico está arraigado en el alma y en el lenguaje popular. Atribuye a la verbena una expresión auténtica del espíritu y la fisonomía de Madrid. Madrid está descrito con describir una de sus verbenas. Estas representan "lo castizo"; es decir, lo peculiar del pueblo del Manzanares. Si se quiere presentar una alegoría de Madrid, con exhibir la copia de una verbena se ha cumplido. Tal es la fuerza del tópico, que a nadie se le ocurrió examinar.

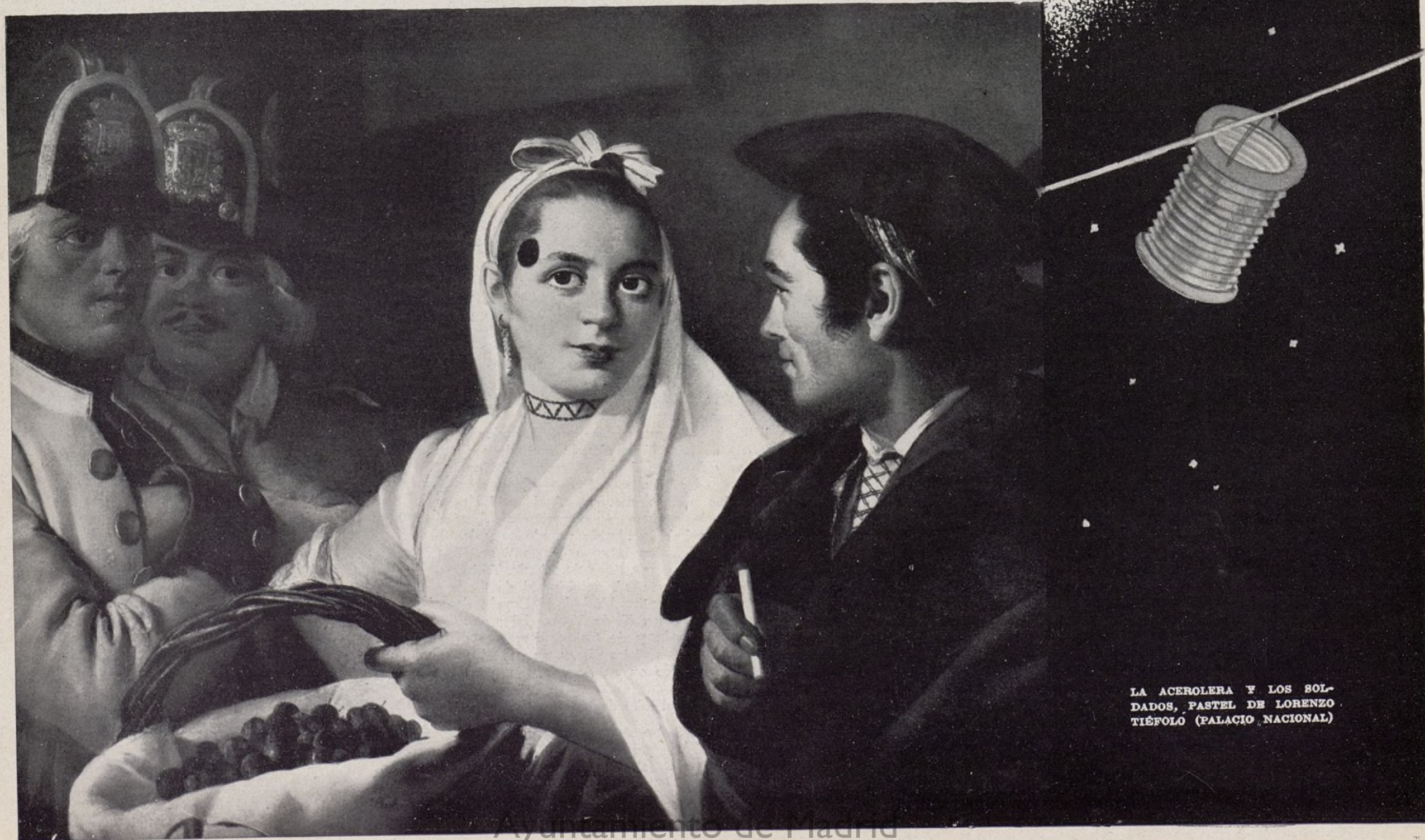
Analicemos ese tópico. Pongámosle aséptico de romances y de cromos ante la lente crítica, en estos tiempos en que de todo se duda, todo se aniquila y vuelve a crear. ¿Por qué la verbena, lo verbenero, quedó

como típico y aun arquetípico de lo madrileño?

Vamos a despiezar, elemento por elemento, la verbena madrileña. ¿De qué se compone? La lista es corta. Se conmemora una fecha religiosa, el patronazgo de un santo. Armase un tinglado nocturno de baile, donde se come y se bebe; agréganse barracas de diversiones; iluminase todo el ámbito con farolillos de papel; los organillos cantan canciones cristalinas y el "schottiss" invita con sus cadencias a los bailarines; las mujeres lucen pañolones bordados...

Estos son los elementos de la verbena. Nótese que ninguno es español. El agruparse para comer, beber y bailar es originario de Flandes: es lo que en Madrid conserva aún su nombre, "kermesse". Las barracas proceden del desflecamiento de las "foires" francesas, con su "carroussel", que aquí es "tío-vivo", sus monstruos y sus tiendecillas, como en el Puente Nuevo, de París, el si-

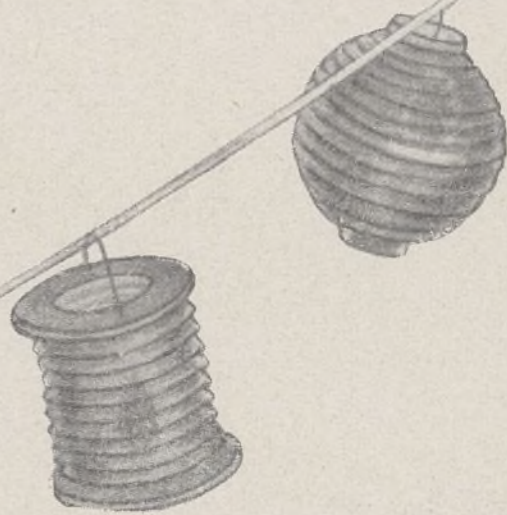
glo XVIII. Los farolillos y cadenas vinieron de Venecia, y también los madrileños les denominan por su originalidad de país "farolillos a la veneciana". El organillo es, asimismo, italiano, fabricado allí, hijo del aristón romántico que producía música reumática. El "schottiss", el casticísimo y madrileñísimo "chotis", es austríaco. El mantón bordado de las mujeres, filipino. Es decir, la verbena, decantado dechado de pureza maritense, es un conjunto de extranjerismos. Madrid no ha creado nada, absolutamente nada, en su festejo sonado. No es, como la diferente gama de lo andaluz, obra autóctona, proyección del ser racial o siquiera del "genius loci", de lo geográfico. Pueden navarros y aragoneses jactarse de sus jotas y rondallas; pueden, como los andaluces, ofrecer como suyo los salmantinos y los gallegos, los catalanes y los vascos, danzas, romerías, coplas, cadencias, melodías. Han inventado, han echado afuera el carácter en



LA ACEROLERA Y LOS SOLDADOS, PASTEL DE LORENZO TIÉFOLO (PALACIO NACIONAL)



...ILUMÍNASE TODO EL ÁMBITO
CON FAROLILLOS DE PAPEL...
(DIBUJO DE ANTONIO CASERO)



manifestaciones folklóricas. Madrid, no. El chotis lo ha pedido prestado, como todos los ingredientes de la verbena, indumentaria inclusive. El irrefutable "casticismo" verbenero queda, al través de la lente del análisis, mosaico de exotismos.

Pero ésta es la grandeza de Madrid, y de ese al parecer defecto se deduce su genio. Con la diversidad universal hace una síntesis a la que infunde su sello. Chotis, manila, organillo, farolillos, feria, "kermesse", en su lugar nativo son "una cosa"; en Madrid son "otra cosa". Madrid les transforma, les infunde su esencia indescriptible, les madrileñiza. Esa gracia ingénita, ese aire de sutilidad, esa elegancia desgarrada, esa democracia señorial de Madrid, su espontánea personalidad, se la infunde a lo que asimila y acepta, y así, de tantas partes heterogéneas, diversas y extrañas, crea un todo armonioso que revela y explica el interior, la índole y el aroma madrileño.

¿Hay algo más suyo, entrañablemente suyo, que esos objetos de la verbena, que no son suyos y que hemos enumerado? La adopción de Madrid les resella para siempre, los nacionaliza, y así se da el caso curioso de que, al volver a su solar nativo, regresan madrileñizados, y el pañolón lo aceptan las filipinas porque es chulo y está rebautizado en los barrios bajos de la capital española, y en el extranjero se acepta como "le véritable chal espagnol".

Como el chotis muda su sentimiento y se convierte en asinetado, zumbón y redicho, y no le conocen al regresar a Centroeuropa. Como el organillo, que se olvidaron en Italia de él porque no reconocen en la máquina de confitar romanzas de ópera, el sonoro, cascabelero, radiante y jaranero "cantao" de la alegría de las verbenas. Ni es la fiesta, como las de Teniers o Jan Steen, pesada reunión gastronómica con hartura de vientres ahitos y sosas farandolas, sino sabroso y chispeante torneo de ingenio, broma, galantería y risa, risa a borbotón, a carcajada suelta... Y hasta con una dosis de drama y celos.

Ciudades que (usando un lenguaje materialista) recojan primeras materias, las transformen y devuelvan el producto perfecto, espiritualizado, y con él constituyan una moda, no hay más que dos: París y Madrid. Ninguna suele ser la que siembra las ideas, pero las dos les dan su estética, las realizan con perfección suma y las dotan de quid divino inexplicable. Lo parisino y lo madrileño son categorías. Como la piedra filosofal convierte en oro todo lo que toca, así esas dos ciudades vuelven, por la magia de su gracia, en parisense y en madrileño aun lo más opuesto a su sentido temperamental.

Y ésta es la paradoja de la noche verbenera. No hay para amarla más que tramoya traída de fuera, copiada de otros lugares. Y, sin embargo, los buenos catadores no pueden negar a la verbena la exclusiva de ser más madrileña que "la" Cibeles... que por cierto vió la luz en Grecia.

TOMAS BORRAS



Mañanas de Castellana

...PRENDIDAS DEL BRAZO SUBEN Y BAJAN GUAPAS MUCHACHAS...



Mañana de junio en la Castellana. En esa doble playa que cruza el río de asfalto. Y que, al amor de sus acacias, cobija todo un mundo de caras bonitas y de vestidos alegres. Los "autos", gasolineras lujosas, vierten su carga en los puertos acogedores de los merenderos. El sol madrileño riega con sus rayos blondos los "parterres" de crespones. Prende lucécitas en las pupilas femeninas y amapolas de fuego en el trigo

...AISLADAS "SNOB" LAS EXTRANJERAS... (FOTOS DÍEZ DE SANTOS)



de los rizos. Aquí es sonajero de oro que tiembla, en el puño dormido de un bebé. Allá tapiz de luminosa filigrana. Como con comba de maravilla, sobre los rayos que asoman entre el follaje nuevo, saltan los niños. ¡Los niños nuestros! Quizá no tan de anuncio de pastas alimenticias como los nenes yanquis, alemanes o ingleses; quizá menos mantecosos, menos coloradotes, menos rollizos, menos parecidos a las frutas "laureadas" de California; pero al igual que el producto de nuestras huertas, con más aroma propio, más savia, más vida...

Juegan los niños. Saltan las pelotas. Vuelan las "patinettes". En los bancos, en las banquetas plegables, amas, "nurses" y "freuleins" cambian sus impresiones. No en amistosa mezcla, como la de los chiquitines. Sino agrupadas por categorías, por jerarquías más bien. Aquí las niñas pizpiretas de delantal plegado y melena "garçonne". Allá las amas solemnes, como extraños ídolos. Y aparte de todas, desdeñosa, la legión "snob" de las extranjeras. Los coches, nidos fragantes, se orean en el festón de sombra. Un gorjeo dichoso trina de árbol a coche, de nido a nido.

Mañanas de Castellana. Prendidas del brazo suben y bajan guapas muchachas. Vaivén de labios de sangre, de cejas agudas, de talles flexibles y de hombros atléticos que en nada recuerdan aquellos otros en forma de botella de champaña que, al asomar entre encajes, eran orgullo de nuestras abuelas. Lo mismo que en nada evocan los torneados brazos de ayer, ná-

car y rosa, esos miembros nerviosos y finos que, curtidos por todos los vientos, hechos a empuñar raquetas en vez de abanicos y palos de "golf" en lugar de sombrillas, destacan con fulgores bronceados sobre el fondo claro de los trajes veraniegos.

Cruzan las "misses Madrid" sobre el puente de plata de nuestra admiración. Paskan con pisada larga y resuelta. Sus claras miradas no se desvían al choque de otras miradas. No temen la censura. No buscan el piropo. Y si éste brota, es ignorado. ¡Aire que va al aire! Y al ritmo de su marcha franca—¿marcial, triunfal?—surgen siluetas olvidadas en nuestra mente. Petimetras. Damiselas. Majas. Taconeo menudo. Faldas que crujen. Melindres estudiados y donaire que da la tierra. Sonrojos y desplantes. Timidez y bazarria. Gracia indolente recostada en calesa y heroísmo bravío que hacía huir a "mamelucos" y coraceros. ¡Tiempos pasados! ¡Mejores acaso? ¡Quién sabe!

Hoy vivimos días de desnudismo. O de "pose" de desnudismo. Todo ha de ser sencillo, y natural, y claro. Sin complicaciones, sin recovecos. La coquetería es un perifollo tan pasado de moda como los volantes que barrían el paseo del Prado. El "shake-hands" ha desterrado a la reverencia. El "adiós, Pochola", al sombrero. El teléfono ha dado al traste con la carta de amor. Las dueñas y las "carabinas", sombras lúgubres, descansan, con los sonetos a la luna y los romances en el piano, en los desvanes de nuestras costumbres sociales.



UN "ROADSTER" BLANCO SE DETIENE...—BAJO LAS SOMBRILLAS DE COLORES...—LAS AMAS, SOLEMNES COMO EXTRAÑOS ÍDOLOS. (FOTOS V. DíEZ DE SANTOS)



María-Enriqueta hoy se llama Quiquí y estudia Derecho. Sofía-Carlota se llama Cocó y es arquitecto. Vienen al paseo, no a lucirse—¡qué ocurrencia!—, sino a "hacer un poco de línea" antes de almorzar. Santiago, alias "Jimmy", e Ignacio, alias "Ñaco", las acompañan. ¿Son sus galanes? ¿Sus pretendientes? ¡Qué disparate! Sus compañeros, sus camaradas, sencillamente. ¿Qué les traen entre las manos como obsequio y fineza? ¿Un ramillete de olor? ¿Una caja de dulces? ¡Por Dios! ¡El programa de unas oposiciones! Quiquí y Jimmy discuten problemas sociales. Ñaco y Cocó, psicología.

¿Es que el amor ha muerto acaso? ¿Es que ya no brota, crece, perfuma a orillas de los jardines que cercan los palacios señoriales? ¿Es que ya no trina con los coches y los nidos, y se ha olvidado de trenzar con el sol sus filigranas de luz y de sombra?

No. No es eso. Al contrario. Quizá con más intensidad que el resto del año late, y flota, y vibra, y palpita precisamente en estas rubias mañanas de Castellana. Lo único que ha perdidido en la creciente racha de desnudismo es, en torno a la fragancia de sus capullos, su esencial (si es que alguien sabe lo que en realidad es lo esencial). Pero lo otro, el galanteo, el discreto, el coqueteo—la orla sentimental que enluego, ha pasado de moda.

Quiquí y Cocó, Jimmy y Ñaco sorben unos "cock-tails" de ámbar al amparo de unas grandes sombrillas.

—¿Qué hacéis esta tarde?

—Yo—dice Quiquí—tengo tenis, a las cuatro, en el Club de Campo; reunión del ropero, a las seis, y una conferencia, a las siete.

—Contigo no hay nada qué hacer. ¿Y tú? —Voy a estudiar hasta la hora del te, y después, bailar un rato en Fuentelarreina...

Un coche se ha detenido ante la hilera de sombrillas. Un lindo "roadster" blanco, conducido por manos femeninas. Su dueña salta a tierra.

—¿Me invitáis a un vermut? Vengo muerta. He tenido un pinchazo en la Cuesta...

—¿Y lo has resuelto tú misma?

—En parte...—riendo muestra sus manos tiznadas—. ¿Traéis "instituto de belleza"? Llevo negra hasta la nariz...

Dos polveras enormes se le brindan. Y dos barras de "rouge". Serena, perfectamente natural, la recién llegada procede, toque de polvo a toque de rojo, a "rehacerse" la cara. Perfila su boca, agrandándola. Empolva su frente alta. Y, siempre sin el menor gesto de presunción, pasa un peinecillo por su larga melena sedosa. ¡Ya está!

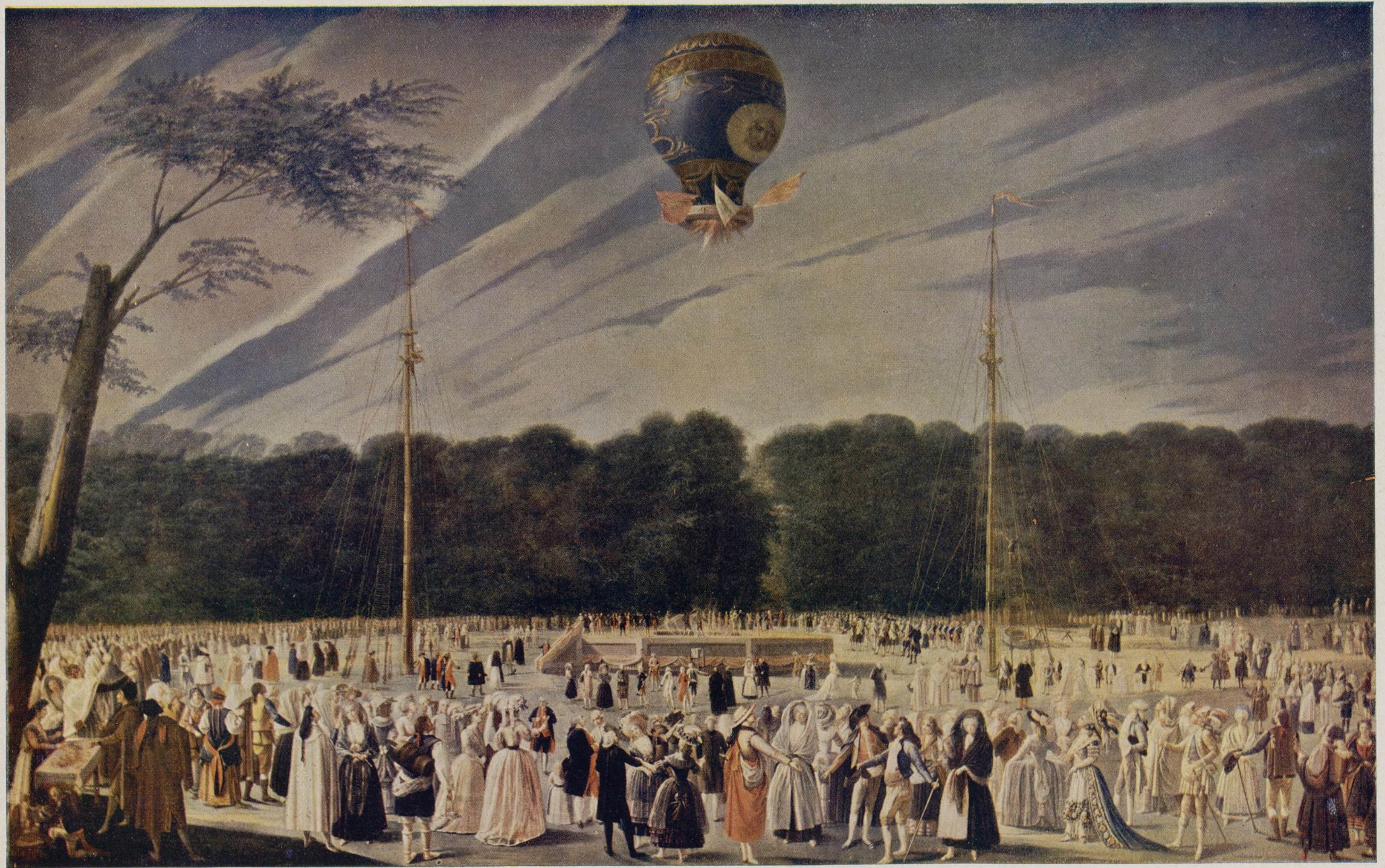
—¿Tenéis un pitillo?

Con espontaneidad gemela dos pitilleras presentan su contenido. Dos encendedores chisporrotean. Ya está.

Pero no. Algo ha hecho temblar, vacilar, apagar la pequeña llama. Un hálito tibio. Suave y ligero. Delicioso y fugaz. ¿Pétalo que se desprende? ¿Suspiro de mujer? ¿María-Enriqueta? ¿Sofía-Carlota...?

—La verdad—dice Cocó—que tu encendedor es una birra...





Galeria artística de "Blanco y Negro"

Ascensión de un globo Montgolfier
en el Retiro a fines del siglo XVIII.

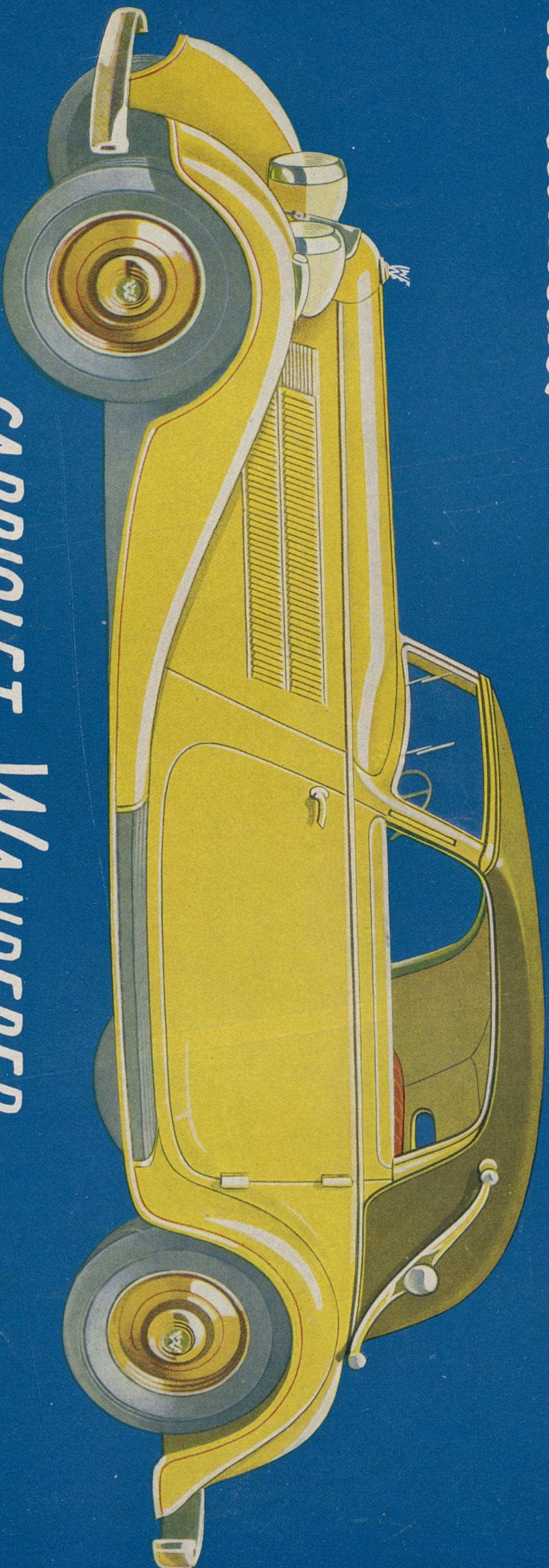
ÓLEO DE ANTONIO CARNICERO. (MUSEO MUNICIPAL)
REPRODUCCIÓN DEL PROFESOR EUG. NORMAN.

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid

*El automovil
de calidad*



CABRIOLET WANDERER
"por gläsern"

AUTO UNION

VILLANUEVA 27.
TEL. 56777